

to y para la que lionn valla la tiorunt y los dno-
 tes del edaxon
 La simplicit de esos sonidos hucos zi la co-
 eronno ho loyudo con solo con una reconponar
 si no la loyud, no se descomponer, ninguna inuion
 mia, porque soy el primero en congerar un poco
 mudo

Guillermo Prieto

Ven con amoroso en la callada noche
 Que braca del su pectoral tana
 Ven por María! al corazon que te ama
 Y que anagado en bich late por ti
 Ven ay! ven, estrella resplandeciente
 Que brillo en el ocaso de mi infancia
 Desmayas en mi pecho fragmento
 Flor de mi vida en mi anima indolente

VERSOS INÉDITOS

POESIAS VARIAS

A MI MARIA

Ven, halaga amoroso mi memoria,
 Recuerdo celestial de mi María,
 Blanco lucero de mi suerte umbría,
 Vida de mi doliente corazon.
 Ven, ay! ven á mi frente atormentada,
 Sosegado acaricia un solo instante,
 Fiel compañero de mi vida errante,
 Un consuelo en mis horas de dolor.

Biblioteca Universitaria

Ven cual zenzontle en la callada noche
 Que busca fiel su preferida rama,
 Ven ¡oh María! al corazón que te ama
 Y que anegado en hiel late por tí.

Ven, ay! sí, ven, estrella vespertina
 Que brilló en el ocaso de mi infancia,
 Derrama tu purísima fragancia,
 Flor de mi vida, en mi ánima infeliz.

Ángel de mi orfandad, á tí la dicha
 Brindó el destino con risueño encanto,
 Tú preferías enjugar el llanto
 Del oscuro, del misero cantor.

Y yo rendido, cual de triste cárcel
 Entre las rejas se contempla el cielo,
 Alzaba á tí mis ojos, mi consuelo,
 Del fondo de mi lóbrega aflicción.

Y tus dulces palabras de ternura
 En mi lira cayeron, vida mía,
 Se estrémese, y torrentes de armonía
 Derrama palpitante de placer.
 Tu huella sigo, enamorado, ardiente,
 Y amé la gloria y desprecié el destino,
 Y en tus miradas algo de divino
 Llegó ¡oh mi amada! á mi infelice sér.

En honda adoración me recogía,
 Llenos mis ojos de entusiasta lloro,
 Cual se oculta el avaro, á su tesoro
 Adoración fanática á rendir,
 Y cual se aísla en retirado templo
 A meditar en Dios tierno creyente,
 En tí á pensar estático, vehemente,
 Porque es supremo bien pensar en tí.

Porque sentía en mi interior luz pura,
 Y perfume de nardo respiraba,
 Si mi memoria grato iluminaba
 Tu sentido recuerdo, dulce bien!
 Porque fuera de tí tormento y duelo
 Hallé, y escollos y mortal tristeza,
 Y seguí del pesar y la pobreza
 Las hondas huellas con herido pié.

Mi sombra amiga en el desierto estéril,
 Mi astro benigno en el oscuro cielo,
 Mi esperanza en las horas de desvelo,
 Mi ensueño de ventura en la orfandad.
 Faro amigo que el bien me prometía
 Cuando en las olas zozobraba errante,
 Y lo ofuscaba el viento, y él constante
 Y puro para mí quiso brillar.

No al bardo de los mágicos festines,
 No al gallardo doncel afortunado,
 Al huérfano infeliz y abandonado,
 La casta mano le tendiste tú.

Yo te miré, benéfico arroyuelo
 Que dejas tierno la florida orilla
 Por aliviar la humilde yerbecilla
 Y volverle amoroso la salud.

Yo te miré, zenzontle de los montes
 Que deja los verjeles, y sus trinos
 Vierte entre los peñascos y entre espinos
 Con blanda y con sentida vibración.

Yo te miré como á la flor salvaje
 Que entre las peñas su ramaje enreda,
 Y que extiende sus pétalos de seda
 Sin defensa del viento ni del sol.

Entonces libre, enamorado, ardiente,
 Un torrente de fuego me animaba,
 Y orgulloso mis cánticos alzaba
 Divinos con tu nombre celestial.
 Y tú con mi pasión te estremecías
 Cual la flor con la lluvia se estremece,
 Y felice su cáliz desfallece
 Y al viento aromas deliciosos da.

Delirio de pasión, yo para amarte
 Reduplicué mi sér, y me sentía
 Inmenso como el mar, ¡oh mi María!
 Grande con tu pasión, lleno de tí.
 Como parece dilatarse el cielo
 Y extenderse los anchos horizontes,
 Cuando de Oriente en los excelsos montes
 Se mira al sol vivífico lucir,

Benigno el cielo la gentil doncella
 Tornó clemente en bienhechora esposa,
 Y aquel torrente de pasión fogosa
 Manso y tendido lago se adormió.
 Ya no impaciente adorador inquieto
 Sigo su huella, rico de ilusiones,
 Y en medio de magníficos salones
 A excusas la contemplo con amor.

No en el placer; pero aliviando amante
 Con su sér, con su aliento mis dolores,
 Vertiendo risas, derramando amores
 Y consuelos y goces del Eden.
 No en el placer; mas hallo su ternura
 Do quier que vuelvo en mi querido techo,
 En los sanos manjares, en mi lecho,
 En las plantas que cuida en mi verjel.

Yo me animo á su voz, nunca su acento
 Deja de ser mi blanda melodía,
 A mi contento brota su alegría,
 Mi sombra de dolor nubla su faz.
 No en el placer, entre los hijos míos
 Me forma un mundo de feliz ternura,
 Donde me brinda dulce la ventura,
 Virtud, sosiego y deliciosa paz.

Y de este centro, encarnizada mano
 Me arranca ¡oh cielos! con violencia impía:
 ¿Por qué te me arrebatan, mi María?
 ¿Qué será de tu amante trovador?
 ¡Oh concha sin su perla encantadora!
 ¡Oh sin la luz espacio oscurecido,
 Tronco sin hojas, pájaro sin nido,
 Corazon infelice sin tu amor!

Ah! no, mil veces no; yo estoy contigo,
 Asisto, mi adorada, á tu quebranto;
 Tus negros ojos que oscurece el llanto
 Se fijan amantísimos en mí.
 Y abro mis ojos sacudiendo el sueño
 Para besar tus labios encendidos,
 Y apago con mis besos los gemidos
 Que por tu esposo exhalas infeliz.

Estoy contigo, en comunión divina
 En el vuelo invisible de las almas,
 Junto de mí te siento y tú me calmas,
 Y endulzas ay! de mi dolor la hiel.
 Fija como una lámpara te miro
 En medio de mi triste pensamiento,
 Dando su llama bienhechora al viento,
 Alentando magnífica mi fé.

Enjuga el llanto, téplalo, María,
 Deidad de mi infortunio, alza la frente,
 Sonríeme una vez, y no doliente
 Me dirijas, María, tu mirar.
 Único amor de mi alma, encanto mío,
 Ven á mi seno, alivia tu tormento;
 Ay! mísero de mí! persigo el viento,
 Y humo se torna la ilusión fugaz.

Héme, ay de mí! con mi honda desventura,
 Héme sin rumbo en los inquietos mares,
 Héme perdido en medio los pesares,
 Como vaga entre escollos el bajel.
 Yedra infelice que perdió su arrimo
 Y moribunda arrástrase en el suelo,
 Pájaro herido en medio de su vuelo
 Que va léjos del nido á perecer.

Ausencia atroz! el alma, mutilada
 Planta sin su raíz, huérfana muere,
 No florece á la lluvia, el sol la hiere:
 Oh, planta! abandonada morirás.

Descarriada corriente que infecunda
 Derramas ignorada tus raudales,
 Pronto sobre los secos arenales
 Del desierto apartado morirás.

En su amor mi existencia refugiaba
 Y dormía contento y sin recelo,
 Como se abriga tímido polluelo
 Del ave bajo el ala maternal.

Dulce era, dulce, al despertar del sueño,
 Saludar á la luz en su mirada,
 Para mí hermosa, para mí adorada
 Y llena de inocencia virginal.

Cuán dulce me era, en la callada noche,
 Ténue aspirar el sosegado viento
 Que llevaba á mis labios el aliento
 De los dormidos hijos de mi amor.

Y sentirlos vivir, quimeras de oro
 Codicioso formar por su ventura,
 Débiles barcas en mi suerte oscura,
 Inocentes bogando sin temor!

Ausencia atroz! la deliciosa aurora
 Alumbra cada luz en torno mio,
 Triste abandono y lúgubre vacío
 Y llanto por las prendas que dejé.

Vienen ¡oh Dios! los fúnebres recuerdos
 Su acibar á verter en mis manjares:
 Si al lecho pido alivio en mis pesares,
 Del lecho el sueño se retira infiel.

ECOS PERDIDOS

Alzo la frente: si en mi faz hay llanto
 No lo arranca la imbécil tiranía;
 Es porque tú me faltas, mi María,
 Tú que haces sangre al corazón llorar.
 Dame tus brazos; en tu amante seno
 Me burlaré de la enemiga suerte:
 Si entré ellos miro el rostro de la muerte,
 Me dormiré sonriendo á tu beldad.

Doloridos

Son ecos que por los vientos

Van perdidos?

En mi corazón

Se van quedando

Dijo mi tormento al río,

Encanto mio, atroz!

Y aprendió mi sollozo

De su orilla el quebrarse

Son ecos que por los vientos

Van perdidos?

A la turbulenta mar